

PALABRAS PARA UN VIAJE OBLIGADO: LOS TEXTOS AUTOBIOGRÁFICOS DE DOS ESCRITORAS DEL EXILIO DE 1939

M. Carmen Palomo García
Universidad de Sevilla

“Vivir no es tan importante como recordar” María Teresa León

Recuerda Joan Corominas en su *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico* que el término “exilio”, a pesar de lo que pueda parecer, se usaba raramente en nuestra lengua hasta 1939. Fue, pues, la guerra la que hizo necesaria la palabra por influjo del francés *exil* y del catalán *exili*, utilizados para referirse a la marcha de los republicanos durante y después de la guerra civil. Hasta entonces se prefería la palabra “destierro” con su connotación de castigo o “emigración” para indicar, simplemente, la marcha a otro lugar. Sin embargo, la guerra matizó los significados, dejando el término de “emigrado” para quien lo hacía de forma voluntaria para progresar en otra sociedad y “exiliado” para quien se veía obligado a huir por la persecución política o por la falta de libertad.

Este viaje obligado fue de la mano, en la mayoría de los casos, de un doloroso olvido, un sufrido confinamiento y un destructor silencio, que permaneció incluso muchas décadas después. En lo que se refiere al estudio de la literatura del exilio, esta no ha sido estudiada en profundidad como debiera y mucho más si hablamos de las escritoras. En este sentido, hasta los años ochenta no se reconoce la labor literaria de ninguna de las autoras del exilio a excepción de las grandes obras de María Zambrano y Rosa Chacel. Sin embargo, son muchas más las escritoras que plasmaron su vivencia del exilio y que no han recibido esta extensa atención crítica. Por ello, resulta de interés reflexionar sobre la construcción de la memoria y la identidad femenina en los textos de dos autoras a la sombra de un autor, Zenobia Camprubí (esposa de Juan Ramón Jiménez) y María Martínez Sierra (esposa y coautora de las obras que llevan el nombre de Gregorio Martínez Sierra)¹.

¿EXILIO INTERIOR? LA AUTOBIOGRAFÍA COMO SALVACIÓN

Buena parte de las autoras del exilio tienen en común haber elegido el cauce de la autobiografía para relatar su experiencia de la guerra y del exilio. Así lo hicieron Zenobia Camprubí en *Diario I. Cuba, Diario II. Estados Unidos, Diario III. Puerto Rico* y María Martínez Sierra en *Una mujer por los caminos de España* y *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*².

1) Si particulares son estas dos experiencias de mujer, no lo son menos las vivencias de las mujeres anónimas durante y después de la guerra civil. Para comprender la magnitud de lo ocurrido es necesario recordar que antes del estallido de la guerra civil, se había forjado en el país un cierto discurso igualitario que permitió que las mujeres participasen activamente en actos de propaganda en pro de la causa republicana. Esta militancia fue, obviamente, uno de los primeros objetivos del nuevo régimen franquista. Aquellas que permanecieron en el país y habían participado en estas actividades o bien fueron encarceladas o bien fusiladas. La represión ejercida contra ellas las condenó a la despolitización, en un caso, y al aislamiento, en todos.

Una suerte bien distinta, e igualmente trágica, fue la vivida por las mujeres exiliadas: “Desde los primeros meses de 1939, en que nuestras gentes empezaron a salir del exilio en caravanas interminables, caminando sin tregua, espoleadas por el hambre, el frío y la desolación; perseguidas por un enemigo victorioso que agravaba su infortunio de ‘exiliados de a pie’ (Machado), ametralladas desde el aire impunemente, dejando paso a su rastro de dolor y muerte, la mujer sola, que tira de sus hijos y sus mayores, es el único bastión de los suyos. Tendrá que aprender a vivir en un retroceso, en campos de concentración y refugios, que la lleva a situaciones rayanas en lo primitivo. Invulnerable su instinto de supervivencia, en trances clave, soporta toda clase de privaciones (alimenticias, higiénicas, sanitarias), con un único aliado: su infinita capacidad de resistencia”. (Rodrigo, 2005: 30). Se convirtieron tanto unas como otras en las grandes perdedoras, dado que a pesar de lo profunda e intensamente que habían trabajado en la República por nuevos valores y modelos para la mujer española, lo cierto es que su marcha o su silenciamiento interno supuso el fin de toda esa nueva cultura y de la posibilidad de otra España.

2) Zenobia Camprubí eligió rememorar en forma de diario, un modelo textual que ya había utilizado anteriormente siguiendo la tradición protestante que su madre le impuso en su infancia para tomar conciencia del día a día. Por otro lado, María Martínez Sierra apostó por modelos menos “privados” buscando las memorias (consideradas más sociales por ser un retrato de una época). Aun así, aunque hoy son consideradas autobiográficas tanto *Una mujer por los caminos de España* como *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, lo cierto es que la autora negó cualquier atisbo de autobiografismo en ellos. Ello forma parte más de la necesidad de ser reconocida por su trabajo y no por su vida, lo cual no niega el autobiografismo de su escritura. En el primero de sus textos narra diversos momentos de su vida de propagandista

El silencio que supone el exilio recibe su contrapartida en unos textos que dan testimonio de la realidad. La traumática experiencia del exilio y la debacle de una identidad rota tras la dolorosa separación del país y el trágico desasosiego de la ausencia encuentra su cauce de liberación en la escritura del espacio privado, la autobiografía³. De esta forma, plasman su visión de la tragedia sufrida así como reflexionan sobre la nueva identidad construida en el exilio con los nuevos referentes vitales. Por ello, estos textos autobiográficos se abren paso más allá del mero documento y participan de una construcción de la memoria que posibilita una radical diferencia con la producción autobiográfica anterior: aquí, la memoria se convierte en un elemento configurador del texto por la necesidad impetuosa de no olvidar.

Todas estas circunstancias hacen que los textos tomen un tono elegíaco y melancólico. No en vano, estamos ante una de las formas de duelo más traumáticas: la del exilio. En este sentido, explica Araujo que este duelo nace del sentimiento de pérdida profunda que configura la experiencia de la huida, que “no se siente como una pérdida individual: los exiliados no lloran sólo a sus ‘muertos’ y sus ‘desaparecidos’; el duelo es también social, en el sentido que debe aceptar el fin de un *modus vivendi*, de un contexto social y político que ya no podrá repetirse tal como era” (Araujo, 1990: 37).

El exilio es, pues, el *leitmotiv* de sus páginas. Pero en este no solo se indaga desde un punto de vista de desarraigo y soledad, sino también desde la identidad que les obliga a construirse en el exterior. La vida tiene un antes y un después de la guerra civil y, por lo tanto, el exilio marca dos identidades de un mismo sujeto. La nueva vida que les brinda el exilio sin miedo ni represiones políticas tiene un alto precio: la ruptura total con los parámetros previos que configuraron su identidad⁴.

EL DUELO DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

Los diarios publicados de Zenobia Camprubí⁵ se conocen como “diarios del exilio” y es que su destierro forzoso⁶ marcó su diario al completo. Con el exilio aflora en ella un sentimiento de nostalgia similar al de los *topoi* de *ubi sunt* y *tempus fugit*, es decir, vive intensamente la sensación de pérdida y de abandono de un momento en el que los seres queridos y el tiempo de la infancia, inamovible y casi eterno en el recuerdo, permitían anclar el sujeto a la vida.

republicana y el segundo nace ante la necesidad de cobrar los derechos de autor de las obras que escribió conjuntamente con su marido, Gregorio Martínez Sierra. A partir de esta premisa hace un recorrido por su vida en España y su exilio posterior.

3) Son muy numerosas las obras autobiográficas escritas por mujeres acerca de este momento histórico. Todas ellas ahondan en esta vivencia del dolor de la guerra y su posterior trauma. Entre ellas encontramos las de Constanza de la Mora (*Doble esplendor. Autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista*, Barcelona: Crítica, 1977), Felicidad Blanc (*Espejo de sombras*, Barcelona: Argos, 1977), Ernestina de Champourcin (*Primer exilio*, Madrid: Rialp, 1978), María Zambrano (con *Dos relatos autobiográficos*, Madrid: Entregas de la Ventura, 1981 y *Delirio y Destino. Los veinte años de una española*, Madrid: Mondadori, 1988), Rosa Chacel (con sus diarios *Alcancía I. Ida y Alcancía II. Vuelta*, Barcelona: Seix Barral, 1982 y *Desde el amanecer. Autobiografía de mis primeros diez años*, Madrid: Debate, 1993), Mercedes Fórmica (*Visto y vivido: 1931-1974*, Barcelona: Planeta, 1982 y *Escucho el silencio*, Barcelona: Planeta, 1984), María Campo de Alange (*Mi atardecer entre dos mundos: recuerdos y cavilaciones*, Barcelona: Planeta, 1983 y *Mi niñez y su mundo*, Madrid: Castalia, 1990), Consuelo García (*Las cárceles de Soledad Real: una vida*, Madrid: Alfagurara, 1983), María Teresa León (*Memoria de la melancolía*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1987), Concha Méndez (*Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid: Mondadori, 1990), María Carmen Zulueta (*La España que pudo ser: memorias de una institucionista republicana*, Murcia: Universidad, 2000) e Isabel Oyarzábal Smith (*Hambre de libertad. Memorias de una embajadora republicana*, Granada: Almed, 2011).

4) Es importante recordar que las autoras que nos ocupan, Zenobia Camprubí y María Martínez Sierra, vivieron un particular exilio: el de las autoras que jamás volvieron a España, a diferencia de otras autoras que tuvieron un corto exilio o un exilio largo pero con retorno.

5) Pertenecen a la obra autobiográfica de la autora unos fragmentos que aparecieron en “Diario de Zenobia recién casada”, *Nueva Estafeta*, 1, 1978, pp. 53-54, así como las ediciones de Arturo del Villar de *Vivir con Juan Ramón* (Madrid: Los Libros del Fausto, 1986) y las de Graciela Palau de Nemes en *Diario I. Cuba (1937-1939)* (Madrid: Alianza Editorial, 1991), *Diario II. Estados Unidos (1939-1950)* (Madrid: Alianza, 1995) y *Diario III. Puerto Rico (1951-1956)* (Madrid: Alianza Editorial, 2006). Conjuntamente con Emilia Cortés Ibáñez, Graciela Palau de Nemes ha editado el *Epistolario* (Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006). En colaboración con Juan Ramón Jiménez, se editaron *Poemas y cartas de amor* (Santander: La Isla de los Ratones, 1986) y *Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón* (Madrid: Los libros del Fausto, 1987). Entre algunas de las traducciones del inglés de la autora publicadas en nuestro país se encuentran textos de Rabindranath Tagore: *El cartero del rey (poema dramático)* (Madrid: Ángel Alcoy, 1917), *La cosecha (poemas)* (Madrid: Ángel Alcoy, 1918) y *Chitra (poema lírico)* (Madrid: [s.n.], 1919).

6) Con el estallido de la guerra civil, el matrimonio Jiménez-Camprubí inicia un periplo en el que recorrerán Cuba, Estados Unidos y Puerto Rico.

Pero su día a día en el exilio no sólo son evocaciones de un tiempo feliz entre limoneros, álamos, la luz de la tarde y los paseos, sino un trabajo constante por la resurrección de España. Para ello, recauda dinero, se encarga de comprar juguetes para los niños exiliados que llegan a Cuba en el vapor Mexique, envía libros para los niños refugiados en Francia y un largo etcétera de actividades encaminadas a abrir un nuevo sendero para los que aún no consiguieron trazar el suyo propio.

En su diario son numerosísimas las alusiones a la guerra, que tienen un sentido más hondo que el mero recuento de la información que le va llegando, sino que son el reflejo de la zozobra por “las lentas muertes de millones infligidos por los viejos sistemas” (1991: 12), por el miedo político (“pienso en las miles de personas que sufren hambre, frío y sobre todo *terror*”, 1991: 26), por la deshumanización de los compatriotas (“Lo intolerable en Madrid era el asesinato acechando detrás de las líneas y esa terrible sospecha del prójimo. No. No se puede morir felizmente en compañía de asesinos”, 1991: 12) y la indiferencia del resto ante el dolor ajeno (“el mundo como si tal cosa”, 1991: 150).

Por todo ello, tanto para Zenobia como para Juan Ramón, así como para la gran mayoría de exiliados españoles, estar pendiente del desarrollo de la guerra civil era una necesidad. Este ir y venir de noticias a través de la radio o el periódico sobre la evolución del conflicto armado en España queda registrado en numerosas entradas de su diario. Zenobia relata el horror que la masacre causaba en ambos bandos, el desasosiego que les provocaba, la inquietud constante, la lucha por la supervivencia y el “alivio culpable” de permanecer alejados.

Un alejamiento, no obstante, que no era tal. Ella y su marido ya habían sentido en sus propias carnes la garra mortal de la guerra con el fallecimiento de un ser querido: su sobrino Juanito había caído en el frente de Teruel. La tragedia ocurrió el 15 de febrero de 1938 pero no es hasta el 13 de abril que pueden ponerle nombre a lo ocurrido. El desasosiego durante todo el tiempo transcurrido, el silencio doliente de la falta de noticias finaliza con “una carta de Jo con la información que le dio Eustaquio de que Juanito había muerto. Estaba decidida a creerlo desde el principio, pero cuando vino la noticia encontré que había nacido otra vez la esperanza como una yerba sigilosa que no muere” (1991: 189). Solo queda, entonces, el dolor:

No pude dormir en toda la noche y cuando casi me quedé dormida me pareció que tenía el hombro derecho lleno de sangre y dolorido y tenía un marcado dolor en el pulmón. Con la mente confusa, no sabía si era Juanito o yo –aunque estaba despierta– y me lastimaba el pulmón y el hombro si me movía de la litera. Por la mañana tenía los ojos inyectados, pero fue un gran alivio el llorar sin que nadie me viera ni me oyera (1995: 189-190).

Al romperse, por completo, la esperanza en una nueva España sin ira se hacen patentes los largos tentáculos del horror de la guerra civil y se materializa lo inalcanzable que se volvía la posibilidad de regresar a España. Aun así, y ya en los Estados Unidos, la inquietud por la situación de España permanece intacta. El 20 de marzo de 1939 leemos: “La ofensiva de Franco contra Madrid estaba fijada para hoy y estamos sintonizando, angustiados, cada hora, pero hasta la fecha no han dicho nada. ¿Sería posible que reaccionaran con decencia y no atacaran?” (1995: 35).

Estas preguntas sin respuesta van forjando un sentimiento de dolor por saberse ignorados y vencidos por el exilio. Así lo cuenta el 19 de mayo de 1940: “Lo único que dicen por radio del desfile militar de Madrid es que hay cientos de detenciones y que todas las entradas a la ciudad están vigiladas por centinelas con las bayonetas caladas (...). Me parece que Franco habló con mucho cuidado durante casi todo el discurso, tratando de no ofender a nadie, excepto a los enemigos españoles que están ya vencidos” (1995: 62). De este modo, esta, como cualquier otra derrota, genera una constancia del dolor. El duelo por la pérdida real de la posibilidad de volver a España oficializa la separación definitiva. Se transforma, entonces, en una herida abierta y sangrante para siempre. Aun así, el tiempo cura, suaviza, matiza e incluso permite otra mirada. El 18 de julio de 1939 leemos:

Regañé a J. R. por lamentarse de la imposibilidad de lograr en esta vida todos nuestros sueños, creo que le vino bien. Sugirió ir a ver Key West, pues se va acostumbrando a la idea de prepararse para un largo exilio (...). El saqueo de nuestra casa lo ha amargado mucho, en particular que uno de los

saqueadores fuera un hombre a quien recibió bien y a quien le mostró sus cosas. Ahora de verdad no quiere regresar a España. Quizá pueda, algún día, pero dentro de mucho tiempo. La guerra decidirá la suerte o la desgracia de España (1995: 90).

En cualquiera de los casos, la tragedia, para Camprubí, radica en la memoria, en esa memoria en la que ya nada se puede hacer porque las mayores atrocidades quedaron grabadas:

Nada me hubiera hecho partir si se hubiera tratado solamente de evitar la guerra de *afuera*, pero desde la primera vez que me enteré de los atroces asesinatos secretos estaba loca por irme. Y el miedo de verme obligada a consentir cualquier cosa que después fuera a convertirse en una horrible memoria. El mero hecho de no luchar para evitar un crimen es consentimiento tácito. Cuando me dijeron ayer que un amigo joven estaba de guardia durante el asesinato en la cárcel me pregunté cómo podría enfrentarse a la vida de nuevo (1991: 6).

La escritura sobreviene, entonces, como única forma de seguir viva. La palabra vence sobre el duelo de la memoria herida. Se convierte en el abrigo de la vida, da sentido a la confusión ante el abatimiento y permite que no se trunque para siempre esa otra mitad de la identidad rota, aquella que existió antes de la llegada del dolor infligido por la guerra. Paradójicamente, lo intolerable del exilio da aliento a la palabra diaria.

LA MELANCOLÍA DE MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

María Martínez Sierra⁷ fue otra más de las víctimas de la guerra civil. Su exilio comienza antes de acabada la guerra, cuando marchó a Bélgica y Suiza⁸ tras su nombramiento como Agregada Comercial y formó parte de la organización de las colonias de niños refugiados de la guerra civil. Entonces ignoraba que esta marcha sería para siempre:

Cuando el 17 de octubre de 1936 salí de mi casa de Madrid camino de Berna a cuya delegación había sido destinada como agregada comercial nunca pude pensar que tal vez no habría de volver a mi patria. En la escalinata del porche abracé a mi hermana diciendo: “¡Hasta que Dios quiera!” Han

7) Las obras que llevan su nombre son escasas: *Cuentos breves, La mujer ante la república, Viajes de una gota de agua y Fiesta en el Olimpo*. Sus conferencias se recogieron en *La mujer española ante la República: Conferencias leídas en el Ateneo de Madrid, en los días 4, 9, 11, 15 y 18 de mayo de 1931* y sus obras autobiográficas se publicaron bajo los títulos de *Una mujer por caminos de España* y *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*. No obstante, la autora es también exiliada de su propia obra, dado que ella es coautora de la firma Gregorio Martínez Sierra y con este nombre el sinfín de obras es memorable: *El poema del trabajo, Diálogos fantásticos, Flores de escarcha, Almas ausentes, Horas de sol, Pascua Florida, Sol de tarde, La humilde verdad, La tristeza del Quixote, Teatro de ensueño, Motivos, Tú eres la paz, La feria de Neuilly, Aldea ilusoria, La casa de la primavera, Aventura, El peregrino ilusionado, Torre de marfil, Juventud, divino tesoro, Hechizo de amor, La selva muda, El agua, La sombra del padre, El ama de casa, El amor catedrático, Todo es lo uno y lo mismo, Canción de cuna, Primavera en otoño, El palacio triste, La suerte de Isabelita, Lirio entre espinas, El pobrecito Juan, Madam Pepita, El enamorado, Mamá, Sólo para mujeres, Madrigal, Los pastores, La vida inquieta, La tirana, Margot, Las golondrinas, La mujer del héroe, La pasión, El amor brujo, Amanecer, El reino de Dios, El diablo se ríe, Abril melancólico, Cartas a mujeres de España, Esperanza nuestra, Navidad, Feminismo, feminidad, españolismo, La adúltera penitente, Calendario espiritual, Cristo niño, Sueño de una noche de agosto, Rosina es frágil, Cada uno y su vida, El corazón ciego, Fuente serena, La mujer moderna, Vida y dulzura, Granada, Kodak Romántico, El ideal, Don Juan de España, Torre de marfil, Mujer, Rosas mustias, Seamos felices, Triángulo, La hora del diablo, Eva curiosa, Nuevas cartas a las mujeres, Cartas a las mujeres de América.*

8) No obstante, la vida en el extranjero no era desconocida para ella. Antes de la guerra civil había vivido acompañada de su marido en Bélgica y Francia. En sus memorias, estas primeras tierras extrañas ejercieron un impacto positivo, entre otras cuestiones, porque le permitieron conocer otro tipo de vida para las mujeres: “También era agradable para mí que ni en la calle, ni en los teatros, ni en los cafés me mirasen los hombres ni pareciesen darse cuenta de que yo existía. Acostumbrada a la modestísima insistencia con que, en España, los varones de toda clase, edad y condición siguen con la mirada a toda hembra como si le estuviesen tomando medida, esta suprema indiferencia de los franceses érame gratísima” (Martínez Sierra, 2000: 257). Estas primeras vivencias en el extranjero son, para ella, sinónimo de felicidad. La salida del país le permitía expandir la mente, conocer otras culturas y, en definitiva, relativizar la vida. Ser ciudadana del mundo, cosmopolita, suponía para la autora el viaje infinito a través de la mente hacia otra concepción de la realidad. Por ello lo asemejaba a la aventura de la lectura por su ilimitada capacidad para hacerse rosa de los vientos.

pasado los años y Dios por lo visto sigue queriendo que los Pirineos sean para mí la barrera moral más infranqueable que la misma Muralla de China (1989: 225).

Cuando el regreso se hizo imposible, se vio obligada a exiliarse en Niza, donde vivió clandestinamente y pasó tremendas penurias. Afortunadamente, al finalizar la Segunda Guerra Mundial fue localizada por unos amigos, quienes le facilitaron su salida de Francia para instalarse en los Estados Unidos y, posteriormente, en México y Argentina.

Así, la pérdida definitiva de la República y la huella profunda de la guerra son el comienzo de un viaje sin retorno, en primer lugar, a lo más horrendo de los españoles –capaces de destruirse entre sí– y en segundo lugar, hacia una difícil pero necesaria fe en la vida en el extranjero:

Sin patria... Algunos no volvieron a encontrarla. Otros, en días aún más dolorosos, después de la guerra española (1936-1939), al mirar destruido por la espantable inhumanidad de la mayoría de los españoles cuanto pudiera quedarles de fe en sus esencias de hidalguía y nobleza, trocando la desesperación en amor, se lanzaron hidalgamente a romper lanzas en honor de la España de otrora, a volver por el pasado grande, a refutar las calumnias que ignorancia y envidia acumularon durante tanto tiempo sobre el nombre de España (2000: 63).

Por ello, permanece vivo el compromiso político como consecuencia de la necesidad de hacer de España “lo que debiera ser”. Su manera de dar tributo a los años de lucha por la República es el testimonio que lega a generaciones venideras a través de ambos textos autobiográficos: “Mi intención al escribir ese libro era que mis nietos, que los jóvenes, conocieran el nacimiento y desarrollo del movimiento obrero en mi país, el cruce de caminos de luchas y sacrificios de los trabajadores, del pueblo español en los años de la República y de la guerra civil. Que sus páginas les ayudasen a sintonizar con la vida y el combate, las alegrías y los dolores de sus mayores” (1989: 131).

Pero el talante luchador de *Una mujer por los caminos de España* se va apagando. En *Gregorio y yo*, donde narra su exilio francés en condiciones muy deplorables, son menos frecuentes los recuerdos dulces de un pasado sin dolor, a pesar de su propósito de narrar solo “las horas serenas”. La vida pesaba más que la intención y la dura estancia en Niza, en la que se encontraba muy sola con los envíos (muy esporádicos) de Gregorio con víveres para su supervivencia, donde vivía acosada por el miedo que le producía las causas pendientes con el régimen franquista y, sobre todo, donde pasaba hambre hacen que afloren los soles negros ... Es en este momento cuando frente al recuerdo de la viajera feliz de su juventud, se opone ferozmente el recuerdo de la exiliada:

A mí, los fantasmas no me empavorecen; estoy acostumbrada a ellos. He vivido casi ciega años enteros, y, entonces, lo poco que alcanzaba a vislumbrar del mundo exterior se esfumaba en nieblas de fantasmagoría. Pasé hambre, en un rincón de Francia, durante los cinco años de guerra, y me quedé en los puros huesos. He vuelto a ver, ¡alabado sea Dios!, y he vuelto a comer lo necesario, por lo cual casi toda la carne que cubre mi esqueleto tiene apenas un lustro de existencia! (...) ¡Sí, amigos, vivamos, aunque el mundo nos tenga por muertos! Esta persistencia en el existir, a pesar de tantísimos pesares, tiene ya un leve regusto de inmortalidad (2000: 229-230).

9) Resulta asombroso y admirable que a pesar del dolor o, mejor dicho, por encima del dolor conserve el sentido del humor. Buena prueba de ello es esta divertida carta escrita en esta época que muestra, una vez más y a pesar de todo, su talante conciliador con la vida: “Yo sueño que viene rodando por la carretera una fila de quesos manchegos, seguida de un tarrito de miel, que rueda detrás de ellos. ¡Cuando pienso que tantas veces se nos ha secado el queso en el aparador! No volverá a suceder. Pienso en los comestibles más inverosímiles; por ejemplo, arlope y bacalao, o lentejas, que no compraba casi nunca; me pongo a soñar con pestiños o torrijas, como antes soñaba en viajes maravillosos o en visitas de museos lejanos. Recuerdo la emoción que me causó mirar por primera vez el campo de Granada desde una ventana de la Sala de Embajadores de la Alhambra, o la plaza de San Marcos, en Venecia... Y pienso que no me causará placer menor volver a ver sobre la mesa una magnífica rodaja de merluza frita o un plato rebosante de paella “con trozos”, como dicen los alicantinos” (Rodrigo, 2005: 317-318). Lo suyo es, definitivamente, una sonrisa entre tanto delirio.

Los años de la añoranza, de la desesperación heroica en su secreta desolación y renuncia a volver, empiezan a nublar el sol interior, porque ese “regusto de inmortalidad” está muy cerca de la muerte hasta el punto de que como escribe en las últimas páginas de este texto:

Me detengo. Este repasar de viejas memorias se va transformando de gozo en angustia. A fuerza de evocar sombras –casi todo lo que fue mi vida ha desaparecido– antojóseme que soy una sombra también. No seguiré. No puedo seguir. No quiero seguir. Ciertamente, la memoria es arca sellada y mágica: una vez entreabierta, deja escapar recuerdos inagotables, pero ¿vale la pena? Cuando se intenta hablar de seres que ya no existen, parece que se fuera escribiendo con sangre. Y luego, se cansa uno de recordar. ¿Es ello tal vez forma alquitarada del cansancio de vivir? (2000: 392-393).

Un cansancio de vivir que surge fruto de la tristeza, la melancolía y el dolor que embarga a quien le cuesta mantener la mirada luchadora y soñadora de antaño, pero a quien el exilio le hizo forjarse otra poderosa y libre... más libre que nunca, porque no subyuga su propio yo.

Así, aunque su escritura renace de la necesidad de comer (ya nadie reconocía sus derechos de autor), su testimonio se vuelve imprescindible porque el dolor de existir empieza a posicionarla en el mundo. María, quien había negado su identidad en las obras que escribió conjuntamente con su marido, necesita, entonces, hablar, mostrar su yo y dejar constancia de lo vivido. El exilio, en cierta forma, le hace recuperar su identidad anulada en España. La sombra de su nombre se disipa, entonces, para siempre.

LA ESCRITURA VIVA O EL SENTIDO DEL RECUERDO

En definitiva, la escritura autobiográfica de estas autoras pone de manifiesto que si bien es cierto que el exilio es una historia de dramatismo y dolor, también lo es de coraje y empoderamiento. Su necesidad de escribir textos autobiográficos muestra cómo la escritura se convierte en una necesidad vital de dejar constancia de los recuerdos, las experiencias vividas, el sufrimiento y la vida nueva que están obligadas no solo a comenzar, sino a comprender e interpretar cómo formadora de su nueva identidad.

Su destino es el de otros miles de personas que tuvieron que exiliarse, pero para ellas se convierte en la razón de la escritura. La pérdida existencial por la que pasa cualquier exiliado/a es para ellas el inicio de la recuperación de una identidad perdida. Contando lo que ocurrió, su destino deja de pertenecer al olvido y es, sin embargo, testimonio para generaciones futuras. Por lo tanto, lo autobiográfico de sus textos trasciende lo privado para alcanzar el ámbito público y dejar constancia no solo de su historia, sino de lo ocurrido en la Historia: la guerra civil y el exilio de miles de españoles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abellán, J. L., *De la Guerra Civil al exilio republicano (1936-1977)*, Madrid, Mezquita, 1983.
- Araujo, A. M., *La maldición de Ulises: repercusiones psicológicas del exilio*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990.
- Balcells, J. M. y J. A. Pérez Bowie, *Exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001.
- Blanco, A. , “Introducción”. *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989, pp.7-48.
- , *María Martínez Sierra (1874-1974)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1999.
- , “Introducción”. *Gregorio y yo, medio siglo de colaboración*, Valencia, Pre-textos, 2000, pp. 9-42.
- Camprubí, Z., *Diario I. Cuba (1937-1939)*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- , *Diario II. Estados Unidos (1939-1950)*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- , *Diario III. Puerto Rico (1951-1956)*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.
- Catalá, N. *De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Barcelona, Península, 2005.
- Cedena Gallardo, E. *El diario y sus aplicaciones en los escritores del exilio español de posguerra*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2004.
- Mangini, S. *Recuerdos de la resistencia. La voz de las mujeres de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 1997.
- Martínez Sierra, M. *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia, 1989.
- , *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, Valencia, Pre-Textos, 2000.
- Monforte Gutiez, I. “El yo femenino a través de la memoria: escritoras en el exilio”. *El exilio literario de 1939: Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de la Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*, La Rioja, Universidad, 2001, pp. 493-503.
- O’Connor, P., *Gregorio y María Martínez Sierra: Crónica de una colaboración*, Madrid, La Avispa, 1987.
- Palau de Nemes, G., “Introducción”. *Diario I. Cuba (1937-1939)* de Zenobia Camprubí, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. xi-xxxvi.
- , “Introducción”. En *Diario II. Estados Unidos (1939-1950)*, de Zenobia Camprubí. Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. ix-xv.
- , “Introducción”. En *Diario III. Puerto Rico (1951-1956)*, de Zenobia Camprubí. Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp. ix-xv.
- Perez, J. *El exilio español de 1939: las escritoras*, Nueva York, Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2010.
- Rodrigo, Antonina. *Mujer y exilio 1939*, Madrid, Compañía Literaria, 1999.
- , *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Barcelona, Carena, 2003.
- , *María Lejárraga: Una mujer en la sombra*, Madrid, Algaba, 2005.

